

PB

099221

Dora Mayer de Zulen

---

EL INDIGENA Y

LOS CONGRESOS

PANAMERICANOS

VICIOS VIEJOS Y MIRAS NUEVAS  
EN EL PERU Y EN SUD AMERICA

---

SEGUNDA PARTE

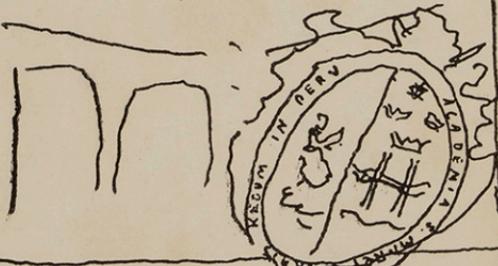
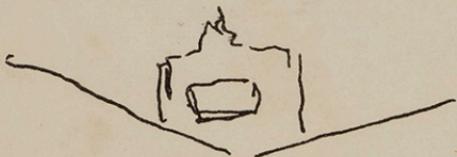
1938



BIBLIOTECA NACIONAL  
1960

EX - LIBRIS

Fugit irreparabile tempus



RAÚL PORRAS BARRENECHEA

Dora Mayer de Zulen

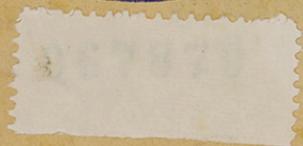
EL INDIGENA Y  
LOS CONGRESOS  
PANAMERICANOS

VICIOS VIEJOS Y MIRAS NUEVAS  
EN EL PERU Y EN SUD AMERICA

---

1938

LAS TORRES BARRENECHEA



099221

I 2000



## GUERRA CIVIL

La guerra civil preocupa en estos últimos tiempos más en España y en la China que en las repúblicas de nuestro hemisferio, pero no por esto deja de estar latente en Sur América. Con un pequeño cambio en la gravitación política pueden estallar las luchas que se cree conjuradas, y las mismas armas que se compra para una guerra externa pueden servir para una guerra interna. La lucha civil tiene un argumento en favor como controladora de malos gobiernos, pero generalmente no conduce a mucho por la poca o ninguna idealidad de sus promotores. Un faccionismo habitual, tan persistente como lo es en el Perú, anula el poder colectivo; hasta en casos arduos la nación entera no se opone a vejaciones del exterior; el Gobierno gasta en soplonería y en presos, los ciudadanos se distraen de los fines que deben perseguir y hombres capaces se sustraen o son sustraídos a la utilidad pública o privada.

En Agosto de 1930 decía un corresponsal de la China: "Peiping es una ciudad que presenta el aspecto de que a todo el mundo le va bien. Cientos de políticos han llega-

do y gastan bastante dinero mientras tratan de constituir un nuevo gobierno. Pero, se levanta impuestos que causan una enorme subida en los precios de los artículos de primera necesidad y el gobierno en ciernes también requiere dinero, y el bajo pueblo es el que paga y sufre. Se le promete mejores tiempos, pero es demás pensar en mañana cuando no se sabe cómo vivir hoy. Encarecidos fantásticamente el arroz y la sal, los miles de colíes que hay en la ex-capital de la China y que ganan con duros trabajos 50 o 60 pesetas por mes, se ven afligidos de un terrible problema. Las importaciones se hallan dificultadas con el descenso del valor de la plata y el uso continuo que hace el ejército de las líneas ferroviarias".

Puede hablarse con esta cita en cabeza ajena de circunstancias que son susceptibles de hacerse ciertas en cualquier momento también en el Perú, donde las desgracias refluyen sobre el indígena que es pobre en su terruño y más pobre en la ciudad, casi tanto como el coolíe, ex-campesino chino. Mientras que para una minoría la aventura revolucionaria es un deporte y un juego de azar, para las mayorías inermes significa un flagelo.

Para caracterizar aquel mal del faccionismo crónico, de una propensión extraordinaria a la disensión interior de que adolece nuestro organismo patrio, tendré que cometer la indiscreción de insertar aquí una carta del Sr. Jorge Corbacho que me comunica haber fundado una "Sociedad Patriótica Peruana" desde su ya quizá

voluntario exilo en Nueva York. No tendría mayor importancia esta creación del Sr. Corbacho, de cuyo éxito no estoy informada, si no fuera una muestra exacta de la labor política que constantemente hacen entre nosotros toda clase de ciudadanos, en la esfera anónima, periodística o en cualquiera tribuna que sea. Ataco, no al Sr. Corbacho, que compromete mi gratitud con sus recuerdos de amistad, sino al morbo epidémico que lo ha hecho víctima como a tantos, y que no ha podido sacudir ni con el cambio de medio. En el sobre de la carta he escrito "Esto en lugar de ver los peligros que corre el Perú de parte de la Potencia Norte-Americana". No se agranda la mentalidad de los peruanos que residen en la ciudad colosal — el centro del mundo; — ella vaga incorregible alrededor de las pequeñeces de la pobre politiquería de casa. Perdón, que el patriotismo me obliga a tener franquezas como un médico ante una dolencia grave.

---

Nueva York, Setiembre 20 de 1937.

Señora Dora Mayer de Zulen.

Callao.

Mi distinguida y recordada amiga:

Han pasado muchos años, pero la admiración y el sincero afecto que por Ud. he cultivado desde que la conocí en el Callao, cuando vivían mis primos Carlos y

María Pezet Valle Riestra, no han disminuído con el tiempo, porque los lazos espirituales se acrecientan y fortalecen con la distancia. Hace doce años que salí del Perú, deportado como consecuencia de una catilinaria que lancé en el Congreso contra esa camarilla de piratas que secuestrando a mi amigo Leguía consiguió su descalabro. Como he sufrido en propia carne todas las iniquidades que en el Perú asedian a los ciudadanos que perseguimos la cristalización de un Ideal Patriótico, he fundado la "Sociedad Patriótica Peruana", destinada a fundar la Independencia del Perú, anulada durante más de una centuria por el predominio político-social de una oligarquía plutocrática que he calificado de Neo-goda. El adjunto papel titulado "¿Qué debe entenderse por Neogodismo?" me exime de seguir tocando el tema:

1.—La Sociedad Patriótica Peruana hará una liquidación social del Godismo y Neo-godismo limeños desde 1805 hasta el día.

2.—Destruirá las escuelas de impunidad, adulación y servilismo que han impuesto al país, envileciéndolo, y hará una enérgica campaña contra el silencio, medida política que esa "Casta del Guano y del Salitre" ha cristalizado para subyugar el espíritu público.

3.—Suplirá a la Junta de Censores de la Constitución Bolivariana, cuya misión era estimular, premiar, acusar y castigar; en vista de la impotencia gubernativa, por las influencias, intereses creados y el contubernio político.

4.—Constituirá un baluarte que defienda al Mérito contra la envidia, la calumnia, el egoísmo, la audacia y la mediocridad.

5.—Colaborará con el Poder Público en la importante tarea de colocar a los hombres en el lugar que les corresponde por su mérito y virtudes cívicas; estimular a los buenos servidores, y en hacer recaer sanción sobre la delincuencia.

6.—Actuará desde sus centros de Nueva York (y otros lugares del extranjero) para sustraerse a las influencias que dominan en el pantano de Lima, de acuerdo con el consejo del Gran González Prada que dijo: "La desinfección nacional no puede venir del foco purulento; la acción necesaria y salvadora debe iniciarse fuera de Lima para redimir a los demás pueblos de la odiosa tutela ejercida por grupillos de la Capital".

7.—Fundará la verdadera República, imprimiendo los principios Bolivarianos de Religión, Patria, Libertad, Justicia, Democracia, Estímulo y Sanción — destruyendo los métodos coloniales cristalizados por los seguidores de la execrable ideología de Fernando VII.

Este es a grandes rasgos el programa de la Sociedad Patriótica Peruana de la que es Ud. miembro nato por sus virtudes cívicas y sociales.

Esperando noticias tuyas la saluda muy cordialmente su admirador y amigo en Bolívar y Castilla.

(Firmado) **Jorge M. Corbacho.**

**MI RESPUESTA**

Omito en la copia los comentarios introductorios de amistad particular que no son de interés general.

Bellavista (Callao) Octubre 15 de 1937.

Sr. Jorge M. Corbacho.

Nueva York.

Muy distinguido amigo:

No quiero que la discrepancia en el pensamiento destruya la añoranza del sentimiento, pero tengo que hablarle con toda la entereza de mi conciencia.

Si Ud. ha sido amigo de Leguía, me es inexplicable que se suma al conocido vituperio contra la "casta civilista". Leguía fué en 1908 jefe del Partido Civil. Aunque él dividiera en dos ese partido, el "bloque" se distingue de su origen solamente en no ser "neo-godo" o, más claro, en carecer de la vanidad de los blasones, conservando en cambio el carácter de oligarquía plutocrática que me parece lo más dañino para el estado material y la salud moral del país. Mi opinión sobre el gobierno de 1919 a 1930 consta en mi opúsculo "El Oncenio de Leguía" que me permito adjuntarle.

Desde luego, deducirá Ud. que lógicamente no podré adherirme a la Sociedad Patriótica Peruana cuyo programa Ud. se digna someter a mi atención.

En el candente momento de crisis actual y mundial es un error mirar atrás, como lo hiciera la Mujer de Lot al huir de la catástrofe de Sodoma y Gomorra. El momento pide otra cosa que citas de González Prada y homenajes a Bolívar y Castilla, que pertenecen a constelaciones que la rotación planetaria está hundiendo bajo el horizonte.

La raza suramericana es tan nueva en política independiente que no acierta a salirse del estrecho marco de la política casera. Nos atacamos incesantemente entre nosotros mismos, sin revelar la menor visión universal. Mientras que discutimos sobre el punto de los proverbiales podencos y lebreles, mientras que vociferamos de un lado o de otro contra civilistas o marxistas, aquellos pueblos que creemos amigos o neutrales anotan el peso liviano de nuestra reflexión y disponen según su superior inteligencia de nuestras riquezas, nuestras oportunidades, nuestros recursos de cualquier orden, y de nuestro porvenir.

Nunca me invite Ud. a una acción de partido que no sea patriótica en el sentido de contemplar la posición del Perú hacia el exterior, sin entrar en estériles recriminaciones mutuas entre los hijos de la misma patria. Si Ud. no está de acuerdo con el gobierno actual, Ud. es civilista en contra de una dictadura militar. Si está de parte de este gobierno, que se parece bastante al de Leguía, no puede Ud. protestar contra la oligarquía plutocrática que hubiera antes de los años en que se pudiera poner sencillamente los vocablos petróleo y minas en

lugar de guano y salitre, y derrota pacífica en lugar de derrota bélica.

Dirija Ud. la mirada hacia las naciones extranjeras que viven de los tesoros del Perú; diga Ud. a nuestros compatriotas que sin alardes, sin guerras, con mera altivez y prudencia, defiendan el país contra las humillantes pretensiones de los prestamistas millonarios y las peligrosas habilidades de los diplomáticos avesados y entonces, cuando haya obtenido una reacción regeneradora, prometa la reverificación de la independencia de 1821.

Cumplido con la presente exposición de los conceptos que me guían en el terreno público, mi deber de amistad y patriotismo, firmo con la sinceridad de consideraciones de que Ud. no puede dudar su atta.

**Dora Mayer de Zulen.**

---

Un ¡alto! a la ofuscación partidarista. Un ¡alto! también a la ofuscación patriótica. Lealtad al partido es exigirle rectitud y advertirle de sus errores. ¿Pero qué saben de principios muchos de los afiliados a un partido? Muchos jóvenes entran a un partido como en un juego de damas: "tu tomas las fichas blancas, pues yo tomo las negras" — el objeto es jugar y ganar al otro; no hay convicción de por medio. La acción de tales jóvenes está llena de contradicciones e ideas confusas. Lo mismo que se califica de malo en el otro lado, se califica de bueno en el suyo. Con toda frescura y sin ironía

dicen tales facciosos de afición lo que dijo con sarcasmo el artista francés Julien Barthieu: "Bah, el deber es lo que se exige a los demás". ¿Autoexamen de conducta? ¡nunca! Cánones de conducta que prohíban al crítico incurrir él mismo en las faltas que acerbamente critica? tampoco ¡Parcialidad irresponsable y no partido representa la mayoría de los políticos que alteran estérilmente la tranquilidad social. Por eso que toda revolución alberga un gusano que la carcome.

Vamos al patriotismo. ¿Cómo podría obligar el patriotismo a presentar al propio pueblo como inmaculado y a callar expresamente cualquier dato que pudiera acusarlo de un desliz? ¿Cómo podría hacerse un principio de no reconocer los defectos en el propio lado? Aquel que no se critica a sí mismo se expone a la crítica peor, y a veces socarrona de los demás. He ahí al respecto el ejemplo del "affaire Masaryk", que levantó hace años una tempestad en los periódicos de Praga. Un estudiante checo había forjado a principios del siglo XIX unos pergaminos con los cuales se pretendía documentar el alto grado de civilización alcanzado por Bohemia en los comienzos de la Edad Media. Masaryk, el futuro eminente estadista y Presidente de la República Checoslovaca, rindió testimonio de la falsificación, y un mal entendido patriotismo se enojó de ésto y una hoja de Praga dijo: "¡Infame traidor! no te atrevas en lo sucesivo a emplear nuestro idioma sagrado. Vete a juntarte con el enemigo a cuyo servicio te has entregado. Olvida que

naciste de madre checa. Nosotros te arrojamos de nuestra comunidad nacional”.

¿Quién recuerda el nombre de aquel periodista patriotero? ¿y cuántos siglos durará en la historia el relato de los méritos del patriota Masaryk?

Otro caso: en la Asamblea del Consejo Internacional de Mujeres celebrado en 1936 en Dubrownik, Yugoslavica, la delegada peruana hizo una pregunta sobre la abolición de la esclavitud en Abisinia, que fué muy mal recibida por un grupo de colégas, alegando que dicha actitud quebrantaba los principios fundamentales de neutralidad política que rigen la Institución aludida. Una pregunta de carácter humanitario no debiera haber producido una demostración adversa, ni en el caso de haber sido hecha con maña, o sea, sin verdadero amor al principio como se hace tantas cosas públicas, porque había manera de acatar con discreción un tema de filantropía adecuada a obra de mujeres. Las susceptibilidades del patriotismo italiano son dañinas cuando tienden a dejar dudas acerca del estado interior de Etiopía.

Escribe Constancio C. Vigil en “Eslabones”, reproducido en la edición de Junio 5 de 1938 de la “Revista Huaralina”: “Fácil es encontrar todavía libros destinados a la enseñanza, que infunden en los alumnos sentimientos hostiles hacia otros pueblos, transmitiéndose así, de generación en generación, la funesta levadura del odio internacional y del patriotismo agresivo. Envenenan el alma del pueblo los que tuvieron la misión de enaltecerla”.

Estos conceptos promueven la interesante cuestión

de los textos de historia y por ende, de toda literatura pública que circula con la consigna de ocultar la inevitable falacia de los hombres que están a cargo de la Patria. Se debe enseñar a los ciudadanos a mirar la causa patria como algo perfectible y no perfecto. Hay que distinguir entre Patria y Causa Patria. La Patria no es obra del hombre; la Patria es un país en que hemos nacido o en que vivimos, y que por eso lo amamos y lo consideramos nuestro. La Causa Patria la formamos nosotros con nuestro flaco entendimiento y a veces con nuestro flaco afecto. La Historia es el relato del desenvolvimiento de la Causa Patria, o sea, de la obra humana ¿y por qué no querer confesar que en ésta haya grandes lagunas y mucho que reprochar como en nosotros mismos?

La historia del Perú se ha escrito generalmente con pasión; desde el punto de vista partidarista nos hemos injuriado entre nosotros, y desde el punto de vista patriotero hemos injuriado a nuestro antagonista exterior, sin respeto a la verdad. A Chile lo tratábamos antes como a un Caín y ahora lo tratamos de grande amigo; hemos pasado de un extremo a otro sin dar en el medio justo.

En nuestra larga y sonada enemistad con Chile, primero tuvo la culpa nuestra nación y después la contraria. El Perú poseía Tarapacá, el indiscutido emporio de la riqueza del salitre. Pero un día un chileno, don José Santos Ossa, descubre la existencia de tan codiciado fertilizante en la vecindad del sitio que hoy ocupa la ciu-

dad de Antofagasta. Fué en el año 1868. Esa región de desiertos salitreros, se hallaba en poder de Bolivia, habiéndose descuidado Chile en 1823 de hacer valer sus derechos legales a una línea de frontera norte en la región de Mejillones. En 1843 se celebró un tratado, declarando propiedad común de ambas repúblicas, Bolivia y Chile, el territorio en cuestión, acordándose por consiguiente que los tributos cobrables correspondiesen en partes iguales a ambas naciones.

Con el descubrimiento del salitre cobró repentinamente interés dicha zona árida y poco habitada. Los chilenos continuaron explotando la región, con sus minas de cobre y plata además del salitre; construyeron caminos y caseríos y comenzaron el trazo del ferrocarril que recorre en la actualidad 954 kilómetros uniendo Antofagasta con Bolivia y que costó 10 millones de libras. En un tratado de 1872, Bolivia prometió no imponer contribuciones a las industrias chilenas, consintiendo Chile en cambio que haga valer su autoridad sobre el territorio. Los industriales salitreros peruanos disgustados con la competencia establecida con relación al monopolio del artículo de que habían gozado con pingües lucros, desearon adquirir por compra el salitre que se hallaba en manos de los chilenos. No accediendo éstos a sus proposiciones, el Gobierno del Perú obtuvo mediante un Tratado Secreto el consentimiento de Bolivia de gravar con impuestos el producto de los yacimientos y minas chilenas. De estos orígenes procede la guerra del 1879.

Esta vez Chile tiene la razón. Chile ha dado valor al territorio aludido. Bolivia falta a los convenios del Tratado de 1872. El Perú induce al mal a Bolivia, llevado de la influencia de las ilegítimas ambiciones monopolistas.

Ha pecado el Perú. En seguida peca Chile con el "No soltéis el Morro" de Vicuña Mackenna. Bastante obtuvo Chile con todo el departamento de Tarapacá como trofeo de su lid. Chile debiera haber soltado el Morro, el osario de los héroes que hicieron crecer laureles entre el monte de hierba mala. Si bien es cierto que con tradiciones de hostilidad se envenena el alma de los pueblos, también es cierto que no se la ennoblece haciéndola doblegarse abyectamente bajo soluciones inequitativas. Una vez que no se ha impedido una guerra y los pueblos inocentes de la alta política de las materias primas han sido escarnecidos por un vencedor petulante, no es posible predicar una paz a todo trance, sin hundir a tales pueblos en una resignación amortiguante.

Con una enseñanza concienzuda de la historia, chilenos y peruanos podrían haber actuado de modo muy distinto del que se realizó, ahorrando a la entera América del Sur un período fatal de rebajamiento al supeditarse a la hegemonía de Norte América. Los textos escolares de historia debieran ser redactados a raíz de un acuerdo tomado en un Congreso de Científicos, en que los representantes de las varias naciones hubiesen objetado cara a cara las versiones de cada cual hasta alcanzar la completa purificación del relato. Pero ¿habrá aún

entre científicos una cabal ecuanimidad de temperamento?

La Guerra del 1879 ha sido una desgracia para el estado político de la América Hispana. Siempre se ha dicho que Chile y el Perú son dos países que se complementan. Durante cuantos años no se han complementado y finalmente cuando empiezan de nuevo a hacerlo quedan resquemores de dignidad ofendida o desdenes de la parte triunfante. Bolivia ha perdido la salida al mar que tenía, que no le devolverá Chile con sus sentimientos alterados, ni se lo obsequiará el Perú porque no hay razón para que lo haga. Al medio siglo después la Guerra Boliviano Paraguaya es consecuencia de la Guerra de 1879, y los próximos cincuenta años no prometen paz, porque Bolivia quiere el mar.

El caso de la contienda entre el Perú y Chile es el caso de todas las contiendas. No se produce una guerra sin falta en el tino de ambos lados. No termina una guerra sin que el vencedor haya ido envanecido mucho más allá de los objetivos que se propuso al principio, y en los cuales hubo sin duda alguna justificación, porque a la guerra no se va por menos de un interés vital.

Es inoficioso predicar la paz cuando los postulados de la conciencia popular no están cumplidos. ¿Y cuándo están cumplidos en medio de los apasionamientos y las intervenciones incomprensivas? No obstante la deficiente inteligencia de las masas se puede hablar de una conciencia popular, porque es después de una guerra que un pueblo llega a sentir que otro pueblo lo desprecia, lo

perjudica y lo tiraniza. Es justamente el bajo pueblo que sufre a raíz de las derrotas patrias. La ventaja que deriva el bajo pueblo de victorias patrias es a su vez dudoso, ya que casi desde el principio de la época civilizada las guerras son asunto del alto comercio. El odio profundo hacia la estirpe española que arraiga en el alma del indio de nuestra Sierra no viene de textos escolares ni de propagandas de fuera, sino simplemente de una funesta experiencia propia. Los Libertadores no lograron con sus declaraciones y decretos generosos hacer más por la Raza Autóctona que los Reyes de España.

Ahora, los agitadores marxistas inflaman ese viejo odio de una manera peligrosa, tratándose de masas que solo saben desatarse en cortos espasmos de ira. Por el otro lado, en los pueblos fuertes un autopanegírico escandaloso, derramado en la literatura y la oratoria, infatua a la gente, haciéndole concebir la obsesión imperialista, por creerse única en grandes cualidades.

Esta es la labor social que se hace, y que provoca guerras continuas — por supuesto, a fuerza de su espíritu destemplado y su lenguaje descompasado.

Rinden testimonio los personeros indígenas de diversas comarcas del Perú, de que los recientes movimientos socialistas han producido adelanto en la condición de los pobladores. No desmentiré tal afirmación. Pero apunto que aquel adelanto, debido a un impulso propagandista dado a ciertas colectividades inertes, se ha operado sin que los partidos revolucionarios hayan verificado su objeto de captar el poder, y que desde luego, el régi-

men antiguo de gobierno no ha sido óbice para que los pueblos adelanten. Esta comprobación es importante. Se ve que mediante un estímulo en forma ordenada que se diera a la lerda mentalidad de pueblos atrasados que estuvieran ya en actitud de despertar y levantarse, el progreso se podría efectuar sin violenta subversión de gobernantes o de regímenes. La petulancia y el propósito de subvertir el régimen trunca la labor de los socialistas. En los primeros años de esta década habríamos conservado la libertad de prensa y una fuerte oposición parlamentaria a no ser por las conspiraciones de los políticos afanados por tomar las riendas del gobierno. ¡Cuánto más nos habría servido la prensa libre y la oposición en las Cámaras que los cambios de gobernante!

¿Qué material humano hay preparado entre nosotros para hacer positiva la promesa de los programas, los planes, los proyectos, las teorías de los candidatos al gobierno? Querer gobernar para determinado sistema administrativo sin tener elementos para ello, presupone un fracaso. No es un gobierno siempre asediado de enemigos internos quien pueda desempeñar bien la función de dar una instrucción amplia al pueblo. Son la Prensa Libre y la Oratoria Parlamentaria los factores más calificados para ilustrar al gran público. Y de estos nos ha privado la táctica desacertada de los que se imaginan ser redentores sociales.

El indígena está en el programa de todos los faciosos políticos. Los marxistas peruanos son los que se la dan especialmente de indigenistas. Pero también de-

dica al indígena el párrafo obligado el Manifiesto de Arequipa del 22 de Agosto de 1930, la Carta Fundamental de la Unión Revolucionaria, hoy trocada en Partido Fascista. El indígena es el soldado de todas las guerras civiles y todas las guerras internacionales y el brazo considerado en todo proyecto de explotación. Los marxistas de Haya de la Torre deliran con Robespierre y Dantón y la guillotina. Los fascistas no podrán prescindir de batallones si lo emprenden con los izquierdistas. El imperialista yanqui, que explota nuestras materias primas, trata y paga quizá al indígena algo mejor que los sucesores de Pizarro y los gamonales nativos, y los evangélicos misioneros lo sanean un poco, aunque atizando odios contra la Iglesia Católica y fomentando desapego al centro nacional — pero ¿qué dicen en último término los dirigentes diplomáticos y mercantiles en las lejanas metrópolis estadounidenses? ¡Preparación para la guerra! ¡Paz Armada! ¿Qué dice el Gobierno Nacional? ¡Pan Americanismo! ¡En Washington la voz, en Lima el eco! Todos ofrecen al indígena lo mismo: un puesto de servicio en la causa de ellos — la casaca militar, o el garrote de los motines o la barrena para los taladros mineros. Sistemas recomendados por Rusia, por Italia, por Alemania, por Estados Unidos complican la situación local que requiere para solucionarse, no de organizaciones buenas sino de hombres buenos. Ya muchos habrán comprendido que la Federación y la Descentralización fueron teorías que tenían que naufragar en el escollo de la constitución moral de nuestra población irre-

sistente al caciquismo. A la vista está que el nazismo ha vindicado la dignidad nacional de Alemania — ¿pero el nazismo aquí? El momento psicológico es otro, y la forma romana o berlinesa del fascismo degeneraría entre nosotros más inmediatamente que en Europa en un despotismo grotesco.

En cierto sentido, el mundo pertenece al hombre más activo. Sin embargo no hay que exagerar el mérito del principio dinámico. La estática y la dinámica cuentan en el número de esas antítesis que son necesarias en la estructura del universo; son de esas antítesis como el día y la noche, la luz y la sombra, el calor y el frío, la juventud y la vejez. La población campesina será siempre estática en comparación con la población urbana, y considerando que en determinados casos la condición estática asume casi el aspecto de un carácter permanente, ya no se la puede calificar como signo de atraso, sino que debe apreciársela como marca de diferencia. La estática llena un objeto en la vida de la humanidad ni un ápice menos útil que el dinamismo. ¿Qué fuera de los países sin campesinos tranquilos, perseverantes, sufridos y pacientes?

En este último punto se ve lo desacertado del intento de vaciar la substancia moral de una raza de personalidad tan propia como la indígena del Perú en moldes extranjeros. El marxismo, por ejemplo, doctrina a base de un mero cálculo económico, se opone a las dulces sugerencias de la naturaleza primordial. El misticismo rural, aunque infantil y supersticioso, aunque adulterado

con accesorios corruptos, es poesía que palpa siempre el infinito. Al marxismo le faltan alas para levantarse sobre lo profano y prosaico, y por eso va su doctrina acompañada inseparablemente del ateísmo. De sus cuentas aritméticas no sale la Poesía, que constituye el aroma de la existencia de los seres en apariencia más pobres.

En la actualidad disponen cinco pueblos destacados de cuatro poderes: Italia y Alemania del poder dictatorial; Estados Unidos de Norte América del poder de la finanza; Rusia, que ha adoptado el credo de Marx, del poder del obrerismo; el Japón del poder de la pujanza nacional. Dios ha puesto al hombre su excelso ejemplo: siendo omnipotente no aspira al poder ejecutivo; deseando el bien deja que el hombre haga todo el mal que quiera cometer. Si Dios no fuera así, no tendríamos carácter personal y seríamos unos tristes entes.

¡Qué incompletos aquellos cuatro poderes humanos en comparación con el poder total de Dios Omnisciente! Y tales poderes en manos de cinco pueblos hubieran de tener el derecho de anular el destino hacia el cual apuntan los demás pueblos que son muchos — ¡no! Por ley natural unos seres duermen cuando otros velan y se desvelan, y aunque duerman o reposen, no pueden perder su derecho a la identidad singular que en ellos está latente.

El mundo está enfermo de propagandas, de legislación y de caridad interesada. ¡Arrojemos tanto traste!

Una última pregunta: ¿qué haremos con nuestra Montaña? ¿con quiénes la poblaremos? ¿Con indígenas

de la Sierra? no, porque esto significaría matar la raza andina en el clima de los llanos del trópico. ¿Con colonos de la Costa? no, porque están acostumbrados a una vida más fácil que la de una lucha con la exhuberante naturaleza selvática. ¿Con yanquis? menos; el yanqui no puede hacer en nuestros grados meridianos lo que hace en los suyos. ¿Guardaremos la Montaña como un precioso patrimonio para las generaciones futuras? Los explotadores extranjeros no la dejarán en paz. Pero esa Montaña no la enajenemos en concesiones a perpetuidad. Franqueémosla generosamente a los fugitivos de todas las razas que se escapan de los Cuatro Poderes, por ser celosos de su individualismo. Es la Montaña que podemos franquear sin perjuicio del habitante nacional, dada la escasa población de esa zona. Impongamos férreamente el respeto a nuestra bandera, señalemos que el poblador aborigen será el mejor auxiliar de los zapadores de la culturización de la selva. Seamos generosos con la inmigración cosmopolita, a fin de que aquella nueva población se haga peruana, con amor al país y con ánimo de cooperación general entre hombres de cien especies reunidos bajo un pendón hospitalario y liberal.

---

## CUESTION RAZAS E INMIGRACION

En Setiembre de 1929 había recibido yo otra carta de un hispano-americano en Nueva York; aquella vez sin firma personal. Se había iniciado en Abril de dicho

año la publicación en Lima de una revista titulada "Repertorio Hebreo", revista de buena intelectualidad como lo son generalmente las producciones judías. No había visto inconveniente de acceder a la invitación del fundador, de doble apellido, Miguel Adler a la europea y Ben Tzvi a la israelita, puesto que hay muchísimos aspectos en la raza aludida que la hacen digna de toda deferencia. Miraba entonces a los judíos como mosaicos, imbuídos de una antigua religión severa, y no como los incrédulos rojos del marxismo. En mi juventud conocía el prejuicio de los judíos y las características que se les atribuía tan solo por relatos que de Alemania hacía mi madre, pues aquí apenas se veía un judío para muestra. Aunque la guerra de 1914 trajo aquí una parte del éxodo judío de Europa, yo en el retraimiento que me es habitual no me había apercebido todavía de la invasión del marxismo y de su naturaleza, hasta entrar en repetido contacto con el señor Adler. De 1929 hasta ahora data para mí una época de perspectiva social muy diferente a la anterior. El señor Adler resultó no ser de los judíos marxistas y hogareños, sino de los marxistas del amor libre y de los hijos para el Estado. Pero esto lo supe más tarde. Mis escritos en el "Repertorio Hebreo" se refieren a la raza de Palestina tratada en Europa durante siglos sin caridad cristiana, tratada con una iniquidad que bien puede ser la causa del "peligro rojo" que ahora azota al mundo entero. Justo es protestar contra el espíritu de los rojos, pero justo es también mencionar cómo se habrá originado.

La carta aludida califica a la raza judía de "separada absolutamente de todo sentimentalismo", pero sí, "alerta de mentalidad" para la compenetración explotadora de los diversos medios sociales donde nota que "la prosperidad levanta".

Creo de mi parte que el judío no está separado de todo sentimentalismo, siendo necesario ver si carece de sentimentalismo entre su propia gente y aún frente a clases pobres a las cuales piensa rescatar, aunque se muestre inexorable ante sus enemigos jurados. Verdad quizá es que al judío le gusta trabajar en medios fáciles, donde la prosperidad levanta, pero esto puede ser consecuencia de que únicamente ha podido surgir en medios urbanos, por negársele en los países en que se albergaba cualquier derecho a la posesión de tierras.

Citaré de la carta el párrafo siguiente:

"Tenemos un ejemplo de la influencia maléfica del judío en Estados Unidos, en donde paso a paso los hombres de esta raza han usurpado lo netamente norteamericano, esbozando la superficialidad de un progreso material, con un beneficio económico únicamente para su colectivismo inmenso, derrumbando las instituciones morales y el puritanismo de la familia norteamericana, estableciendo un prurito yanqui-judío económico, traducido finalmente en un imperialismo que aprisiona y oprime nuestros pueblos suramericanos".

Objeto a tan cruda denuncia hecha con el afán tan común en el hombre de descargar culpas y responsabili-

dades sobre la espalda del prójimo, que, si los judíos, efectivamente son grandes maestros en explotación y medro, han encontrado espléndidos discípulos en razas que no son judías. Nada ha valido la antigua moralidad norte-americana si ha sido corruptible y se ha derrumbado al primer empuje. Parece que casi toda la humanidad fuera susceptible de sentir una apasionada sed de oro y que el judío haya sido nada más que el primero que supiera descubrir los medios de satisfacerla.

“Por eso”, continúa la carta, “es deplorable que gracias a la debilidad, y el sentimentalismo de nuestros pueblos, hoy amenace la raza hebrea con entrometerse en el desenvolvimiento de Hispano América. Ya en Estados Unidos los judíos han usurpado todas las instituciones; sin directriz y sin orden han hecho del pueblo norte-americano explotado, un arma fuerte de **imperialismo**, del cual sufre hoy día todo el mundo”.

A esa impugnación violenta contra los judíos podría contestarse que el imperialismo lo han ejercido y lo ejercen, a través de la historia del planeta, múltiples pueblos no judíos. Como he hecho resaltar en otro lugar, en la ciudad todos los objetos son de compra-venta. Es decir el hombre da sus artefactos por dinero, mientras que la tierra da trigo sin pasar cuentas y la vaca da leche sin cobrar centavos. La tierra y la vaca piden cuidado, pero no monedas. Esta es la diferencia entre el campo y la ciudad. Es la ciudad la civilización progresiva el factor que transforma a los puritanos, y no lo es la raza judía. Solamente que los judíos son un complejo más urbanizado

que la mayoría de los otros complejos y por eso exhiben con especial relieve los caracteres de la urbanidad. Sucede en este caso lo que entre nosotros, en cuyas ciudades casi todos los carniceros son chinos y desde luego, son chinos casi todos los que cometen los pecadillos en que se suele incurrir en este ramo. Es seguro que, si los peruanos predominaran en la mencionada industria, de ellos serían las faltas que ahora cometen los chinos, porque los delitos en el comercio no son cuestión de nacionalidad; son cuestión de un ambiente general, de circunstancias que inducen.

Los furiosos denunciadores de la obra judía no se refieren a una gran parte de esa obra a que ellos mismos sin duda no quisieran renunciar. ¡Cuánto deberán ellos, inadvertidamente, al fruto del ingenio, el arte y la ciencia judía, que se ha hecho elemento indispensable de su vida! Pues esos denunciadores son civilizados y muy civilizados: les gusta la música, la física, la medicina, la arquitectura, etc., por donde ha pasado el talento judío.

Sigue la acusación: "El judío adopta la ciudadanía de cualquier país, la religión de cualquier pueblo, enrevesa en la esfera política, alega un patriotismo de conveniencia, conservando puramente hebrea su verdadera energía, mientras que nadie se da cuenta de la hostilidad profunda que encierra esa raza para todo lo que no sea judío".

Hay verdad en esto ¿pero qué se quiere? La raza judía ha sido y es la perseguida por todo el mundo. Natural es que se pague antipatía y desprecio con des-

precio y antipatía. ¿Cuál fué el primero en ofrecer al otro mala cara? No fué el fugitivo que buscaba asilo, sino el afincado que otorgaba hospitalidad con espíritu mezquino.

Así se hizo el judío con los defectos que tiene hoy inveterados por la larga duración de su odisea. Dios tarda pero no olvida. La culpa trae ineludiblemente su castigo o, más cristianamente hablando, su expiación. Porque la culpa no puede quedar pendiente como una eterna deuda impaga; el mismo deudor, llegado a un más alto nivel moral, no se hallaría tranquilo hasta no haber saldado la cuenta.

Los hispano americanos acostumbran mucho cantar himnos a España. La actual gigantesca y heroica lucha en la Península presta oportunidad a ensalzar el genio bravío y tenaz de los españoles y los panegíricos de la "Raza", de esa raza de los Conquistadores del Perú, abundan. Pero, España debe al Perú varios millones de indígenas, inicuaente inmolados en el altar al Becerro de Oro en que oficiaban rito los aventureros de ultramar. No hay que olvidar que España ha tenido que pagar esto. Y Alemania, hoy triunfante como España en 1535, está acumulando una cuenta creciente con los judíos que todavía en Austria esperaban poder habitar. No todo ha de ser justificado de lo que hace Alemania en defensa de su integridad. Odios, prejuicios, bajos intereses, se mezclarán en los actos, si no del Gobierno, seguramente de los subordinados.

Debe distinguirse dos géneros de judíos: el mosaís-

ta religioso, hogareño, ordenado, sedentario desde hace siglos en el país de su adopción, y el errante, revoltoso, inmoral, casi bárbaro, bajo una ligera capa de civilización. Creo que esta distinción la hace el Gobierno alemán, pero autorizando no obstante, leyes absurdas contra la raza en cuestión, que la aislan de la sociedad alrededor y la denigran con un estigma que no cabe en usos de cultura.

Como nos viene ahora el problema de la invasión judía, he hecho este preámbulo a un examen suscinto del punto.

---

He querido insinuar que todo mal que se hace, toda maldad que se perpetra, se paga aunque sea a los cuatrocientos años. E insinúo que se paga, no en el sentido de una rencorosa venganza inconcebible en el Ser Divino, sino como una manera de hacer sentir al hombre en carne propia el sufrimiento que ha causado en carne ajena, a fin de que un día se enmiende y cese de ser cruel.

El odio racial, la fobia contra extraños, la habitual inculpación del otro, implican males y maldades. Todo eso debe suprimirse. Pero, si he tratado de justificar al judío, tipo de los pueblos vejados y calumniados, debo también aclarar que al judío le tocan a su vez responsabilidades que parece no reconocer. La raza judía tiene sin duda alguna culpa en haber perdido su

patria. Un extraño no puede tener nunca un pleno derecho en casa ajena, el huésped está obligado a portarse con respeto y consideraciones en el hogar del prójimo. Los demás pueblos no tienen la culpa de que al **judío se le haya enajenado su tierra de origen; sólo puede tachársele de no haber sido bondadoso con el huésped.** Por consiguiente, son censurables ciertas ínfulas que han pretendido darse los judíos, cuando se sentían fuertes, en el trato con las naciones que los cobijaban. En ocasiones, particularmente con relación a planes de inmigración en Sur América, los judíos han declarado que no querían dedicarse a la vida agraria, que es la que en nuestro continente ofrece magníficas oportunidades. Ningún hombre tiene derecho de negarse a cambiar de giro cuando las necesidades lo obligan. En el Nuevo Mundo los zapadores de la civilización cambiaron casi todos de giro y costumbres traídos de Europa. Algunas de las grandes revoluciones han convertido en mozos de hotel a los príncipes, ¿y por qué no convertir en manejadores de lampa a fornidos hombres como son los vendedores ambulantes de telas y mercería? Sur América está llana a ofrecer al judío fanegadas en la Montaña, sin perjuicio de ninguno y con ventaja para el país. Pero, es preciso saber que se concede el sitio a gente de respeto y de orden, que en siguientes generaciones se sienta hija de la espléndida y hoy despoblada morada selvática, y ciudadana de la República del Perú. No queremos que se anide allá un enjambre de ufanas ambiciones, ni que se invada la Sierra y la Costa con

propagandas que desnaturalizan a la estirpe auténtica del país o se insista en hacer competencia ruinosa a la población que posee la primacía en derecho de nacionalidad. Por la falta de voluntad de ceñirse a legítimas conveniencias nacionales se produce en el Perú la paradoja de que, siendo éste un país vacío de gente y lleno de recursos, los inmigrantes se hagan indeseables por su afluencia a centros impropios para el objeto. Hay que consultar la razón en ambos lados, tanto en el que se refiere a un atendible postulado del inmigrante como en el que concierne las garantías de existencia de la población fundamental.

---

Pocos son los ciudadanos de cualquier país que se ocupan de la definición de principios justos. Antipatías y simpatías gratuitas o a lo menos nada razonadas, pasiones surgidas de intereses incontrolados, de pujanzas desconsideradas, de instintos salvajes, hacen imposible una armonización de los varios postulados, casi indeclinables de los hombres que tienen por forzosidad que vivir, desarrollar, progresar y evolucionar. Todos ven nada más que lo inmediato, una ventaja que asegurar, un estorbo que remover, un sitio que conquistar. ¡La guerra, la enemistad, la malquerencia irracional! ¡El monopolio, la absorción, la irreductibilidad! ¡La imposición, la soberbia, el esclavizamiento, la humillación, la vejación, por turnos!

Ideas confusas, sentimientos torcidos hierven en la gran masa humana, listos para estallar y hacer la desgracia de pueblos, naciones y razas. Los explosivos, al reventar, destrozan hasta al mismo que los lanza, cuando juega con ellos imprudentemente. No cabe duda que Alemania se herirá con la exagerada persecución de los judíos, como lo hizo España hace varios siglos.

El hombre no sabe lo bueno que ha tenido hasta que lo ha botado, y a veces aún entonces lo reconocen solamente las inteligencias contadas que tienen algo de visión. Porque el vulgo sigue viviendo sin entender si la ola lo sube o lo baja.

Muchos en el Perú han querido botar al indígena, el hijo primogénito del país, como pueblos inhospitalarios han querido botar a los judíos y otros parias. Y al que se le ocurrió botar la propia raza ¿cómo no se le ocurriría botar las razas asiáticas inmigradas? Al peruano, loco admirador de la raza blanca, parece serle más grato el judío, por ser más blanco, que los chinos y japoneses. Además, el judío comerciante viene sin bandera. No se puede señalar la inmigración judía en Lima como se señala la inmigración japonesa en el último acto de la aplaudida comedia "Del 1896 al 1936". Y el judío banquero viene bajo la bandera norteamericana, o no viene del todo, sino por sus operaciones financieras.

El vulgo no comprende que la silenciosa labor del judío sin bandera y del dólar sin izarla, le cuesta más que la labor de todos los japoneses y chinos con su bola

roja y su bola blanca con doce puntos. Sobre todo, tarde comprenderá cuanto le encarece la vida el banquero prestamista, para quien se paga impuestos y se sacrifica la independencia del presente y la perspectiva del porvenir. Después de exprimidas de las naciones suramericanas todas las riquezas naturales, quedará al fin la inexhausta tierra de sembrío para un pueblo pobre y expoliado que tendrá que volver al arado y al buey por no poseer ya minerales, ni caucho, ni maderas de las selvas que trocar por maquinarias de los países del Norte.

El obrero urbano se ha expresado en el sentido de que prefiere el judío al japonés. Sin embargo, hablando desde el punto de vista de los intereses de la nación, el japonés conviene más, porque un gobierno atinado podría conseguir que la inmigración japonesa se encarrilara al campo, a lo que los judíos se resisten. El judío es algo intransigente de carácter; chinos y japoneses son más llanos a conformarse. La experiencia que en el Perú se ha hecho con el japonés ha puesto en evidencia, hasta para muchos rehacios, la excelencia de la inmigración china, de la cooperación de esa raza suave, amable, discreta, inofensiva, inteligente y laboriosa. Desde 1922 el malhadado antiasiaticismo ha abierto brecha en la colonia china, sin favorecer al peruano, sino al japonés y judío, porque el peruano necesitará todavía de duros golpes antes de darse cuenta de que la competencia extranjera lo aplastará si él no aprende de esa competencia modificar su tranquila despreocupación, la de

aquellas épocas en que los mestizos lograban excluir el ingreso de rivales.

Los tiempos no son hoy los mismos que hace cuarenta años. No se podrá evitar una afluencia poderosa de inmigrantes, empujados hacia América por los luctuosos acontecimientos en otras regiones del orbe. La presión desde atrás ejercida sobre masas humanas desamparadas y fugitivas las hará invadirnos o en sigilo o en son de guerra. El judío está organizado y protege a cualquier ejército de parias; el japonés tiene a la espalda una potencia que no teme a esa otra potencia, los Estados Unidos, que desde hace medio siglo trabaja contra su ingreso en las tres Américas. Porque no se doblega al temor quien siente las energías expansivas de un pueblo chico y concentrado.

Como poblador en extrañas tierras el yanqui no cuenta. En todas partes Estados Unidos no hace más que colocar un par de capataces o maestros. Al contrario, Estados Unidos podría considerarse en el Perú más bien como un despoblador, diezmando al bracero indígena en los trabajos de las minas o iniciando esa política novísima de preparar un campo de combate en territorio ajeno en que el soldado indígena sería el pagano, batiéndose en guerras debidas al imperialismo y armamentismo de Norte América.

No dejarnos engañar por la hábil política de los avasados diplomáticos de Washington sería un punto de primera urgencia para nosotros los peruanos y los suramericanos en general. No dejarnos lanzar en una gue-

rra, y tampoco en una paz armada que es un preludio del cual la guerra positiva es inseparable. Todo movimiento en falso nos hace más débiles ante los designios que media docena de potencias tiene sobre nosotros. Solo los chinos nos han prestado una gran cooperación sin tener tales designios. ¡Y procuramos echarles afuera! Después del chino el japonés puede formar población donde no la hay y desde luego no perjudicar, sino beneficiarnos. Previendo desagradados con los japoneses, esforcémonos en hablar a la conciencia de sus directores, para que la inmigración se sitúe donde nos haga bien y no daño. Somos los dueños del país: tenemos el derecho de conservar nuestra posición y el deber de practicar hospitalidad. Hagamos que admitan a tiempo los hombres públicos del Japón el principio de que no debe regir la ley de la fuerza aunque el Japón sea más fuerte que el Perú. Acuerdos racionales, ponderados, deben abrir aquí, en Sur América, una nueva era, un nuevo modo de vivir internacionalmente, apartando a la humanidad de la senda erizada de elementos de manzaná y nublada de humos densos de encono.

### DUEÑO DE CASA Y HUESPED

Desde antiguo los pueblos nobles han tenido un gran concepto del deber de hospitalidad. Ejercían la idea de la hospitalidad sin menoscabo de la idea del hogar. Así también los pueblos modernos, las naciones, deben ejercer la hospitalidad sin perjuicio de la idea de na-

ción. Nuestro indígena dejó de ser hospitalario hacia los blancos porqua los blancos traicionaron vilmente su confianza y no le dan motivo aún ahora para restablecer su primera fé ingenua.

Deben contornearse claramente las figuras del dueño de casa y del huésped. Si el huésped amenaza introducir descalabro en el hogar o la nación, la hospitalidad se retrae lógicamente y cualidades defensivas y hasta hostiles toman su lugar. Si el dueño de casa es impío o pervertido, de su lado brota el mal. Hay que ser un dueño de casa que no ofenda al huésped ni se deje faltar al respeto; hay que ser un huésped que sepa que se halla en casa ajena. Cuando el hospedaje se hace permanente, cuando el huésped se radica en el país que lo acoge, forma hogar y descendencia, entonces puede ingresar en la ciudadanía de este país, a condición de guardar para su interior las añoranzas de la primera patria que le puedan quedar y que ya en sus hijos y nietos irán desapareciendo, al no ser fomentadas impropiamente, como suele suceder. Es la primera generación de habitantes de origen extranjero en que habrá el más fuerte tirante hacia costumbres e intereses exóticos. El vicio imperialista se vale de esta primera generación, procurando conservarla para su centro y prolongar una autoridad hasta sobre las generaciones sucesivas.

Estados Unidos, nación fuerte, obliga a todo huésped que se radica, a adoptar rotundamente la nacionalidad yanqui. Por supuesto que con esto no obtiene un elemento de ciudadanía abnegadamente devoto a la

nueva patria y en un caso de prueba una guerra por ejemplo, tal elemento, solo en la superficie estadounidense, no equivaldría en un choque a un compacto elemento patriótico de otros pueblos. Esto puede afirmarse en contra de una abjuración de la nacionalidad original de los inmigrantes, impuesta por ley o sugerida por conveniencias materiales.

No únicamente el judío, sino cristianos, budistas y otros, cambian por motivos prácticos de nacionalidad o religión. Estamos ahora en una época antitética a la de los mártires del temprano cristianismo o del valor moral de la Reforma Luteriana del siglo XVI. Para muchos hombres, de los más diversos países, la religión se ha convertido en una larva hueca, de la cual se ha escapado hace largo tiempo la substancia viva, el sentimiento ardiente, que revoleteó en forma de una linda mariposa de la cual apenas se encuentra ya un ejemplar, o se está conservando oculto dentro de una larva que toma cualquier color para pasar desapercibida por los factores de destrucción. Así el judío, el japonés, el chino el indio peruano catolizado. Al igual la nacionalidad, aquellos por que los héroes se sacrificaron en épicas jornadas, se da hoy por una comodidad, un puesto o para librarse del Servicio Militar Obligatorio. El sentimiento nacional se encuentra muerto o amortiguado en un capullo, aunque no sea en los ejércitos de la China, Bolivia o el Paraguay.

Mientras que los directores de Alemania se proponen actualmente despedir a los huéspedes recientes que la

invadieron durante las convulsiones de la Guerra del 1914, persiguiendo el fin de tener una raza patriótica homogénea, hay en el Perú no pocos dirigentes que de buena gana echarían afuera la raza aborígen. ¡Insanos ellos que pretenden herir al Perú en su espina dorsal! La población costeña de nuestra República es como la de los Estados Unidos, de sangre heterogénea sin solidez patriótica. El indio es el único que ama la tierra, aún cuando permanezca todavía en una condición tan abandonada que no sepa de nacionalidad. El amor del nativo a su tierra es en todas partes del mundo la raíz de las naciones que no permite que los vendabales arranquen el árbol, joven o viejo, que está expuesto a los aires. Sin tal raíz, el árbol se cae en la primera oportunidad, y los leñadores hacen combustible de él. Faltando el respaldo de la población indígena, pegada a su tierra propia, pronto andaríamos los peruanos como el judío errante.

Por eso, debemos robustecer y no debilitar con inconsultas medidas, la posición de la raza indígena. Medidas inconsultas aquellas que en el indígena no reconocen el dueño de casa e intentan subordinarlo a los colonizadores. Juicio errado aquel que presume que un dueño de casa pobre no sea tan intitulado a ejercer soberanía como un dueño de casa rico.

---

La Compañía Minera del Cerro de Pasco se estableció en el Perú en 1901. Vino a un medio nuevo que no conocía y preparada a proceder con toda la correc-

ción que en medios avisados se impone, no tanto por moralidad innata, sino por el ánimo alerta de los interesados. Fueron los abogados peruanos adulones del millonario que enseñaron a los directores yanquis todos los vericuetos de la ley y de la corrupción de que podrían valerse. El tinterillaje y la explotación del indígena es la civilización de la Sierra. Y se formó ahí una de las alianzas explotadoras peruano- extranjeras (el Aepe).

Lo cierto es que si el huésped colonizador ha ido de abuso en abuso, no hay derecho a hablar mal de él sin hablar peor de nuestros connacionales. Si nosotros fuéramos íntegros no tendríamos por qué quejarnos de los extranjeros, pues los tendríamos mantenidos dentro de los límites en que debieran quedarse. Estados Unidos, que hasta ahora ha sido la mayor potencia asomada en nuestro horizonte, no tiene una posición tan fuerte frente a Sur América como parece. Estados Unidos no podría atacarnos bélicamente sin caer en un ruidoso descrédito y perder nuestros mercados y nuestras materias primas en beneficio de Europa. Y Norte América nos protege contra asonadas bélicas desde Europa, no por favorecernos a nosotros sino por su propio apremiante interés. Este equilibrio de consideraciones nos daría una libertad de acción suficiente para salvar nuestra dignidad, nuestra soberanía nacional y para cobrar el justo precio por lo que comerciamos. Pero nosotros, muy al contrario, vivimos devorando humillaciones porque no oponemos altivez a las pretensiones del capital de Wall Street. Con una autosugestión de inferioridad, de impotencia,

nos contentamos con repartir en los altos círculos gubernativos una cantidad de dinero de comisión, que no crea en nuestros países la prosperidad real que nos haría a todos honestamente más ricos de lo que logramos ser ahora deshonestamente. Y mientras al gran negocio yanqui e inglés nos rendimos por comisiones, al mediano negocio japonés, itálico o alemán, nos rendimos por propinas. Todos mutuamente nos corrompemos y luego hacemos una bulla de vituperio para no dejar oír la acusación de nuestra propia conciencia o de críticos agudos.

Los grandes símbolos de la literatura clásica son de acierto eterno: son los troyanos mismos quienes halan adentro de los muros de su ciudad el legendario caballo de madera. Sin duda que al fallar su ardid, los griegos se habrían retirado al fin del sitio que ejercían; pero, no escuchando buen consejo Troya se condenó al pillaje y la muerte.

### Unidad y Uniformidad

Sobre la ciudadela de Metz, reconstruida después de la guerra de 1914 por los franceses, los actuales dueños de Lorena, se ha puesto una divisa que dice: "Si quieres la paz externa, procura la paz interna". Cierto que la unidad interna constituye un elemento de robustez nacional muy eficaz para alejar designios absorbentes desde afuera. La falta de unidad interna ha perjudicado enormemente al Perú y la China en su reciente vida

política, respectivamente frente a las repúblicas suramericanas y a los vecinos europeos y el Japón.

Llamaré la atención al hecho de que se confunde con frecuencia el sentido de vocablos que son parecidos en la forma pero diferentes en el significado. Obsérvese que en táctica política se suele confundir la **unidad** con la **uniformidad**. Procurando establecer una unidad nacional, se intenta uniformar a todos los componentes del complejo; someter a costumbres, leyes, instrucción, idioma y aspecto general iguales a todos los congregados, que reunidos sea por cohesión natural o por anexión forzosa, tienden a múltiples modalidades. Este empeño produce un efecto justamente contrario a la unificación deseada. Hasta un pueblo conquistado vive a veces tranquilo dentro del dominio "imperialista si se le deja conservar sus tradiciones, hablar su idioma, rendir su culto religioso, vestir a su uso y mandar a sus hijos a la escuela sin tropezar con fanáticos proselitistas que lucharan por desprender a la juventud de la rama de que brotara. El nacionalismo español de Franco lucha en falso. El nacionalismo español de Franco lucha en falso si quiere ahogar las aspiraciones de Cataluña, Galicia, Vizcaya y Asturias.

Aquí en el Perú hemos caído como todos los demás en este fatal error de querer uniformar la población. Pues, no otra cosa significa ese continuo disertar sobre la necesidad de "incorporar al indígena a la vida nacional contemporánea". Hablando de un próximo Congreso Indigenista en La Paz, Bolivia, dice un editorialista en Abril del presente año que en el Perú, Bolivia, Méxi-

co, Ecuador y Centro América hay una gran cantidad de indígenas "que por su situación especial no han sido incluidos de un modo firme en el aservo de la ciudadanía. ¡Ay de aquel Congreso Indigenista si va por el camino de la política que persigue el objeto de eradicar los rasgos típicos de una población nata dominada por invasores! No es la diferencia del modo de ser que ha impedido que el indígena peruano, y otros pueblos en igual condición en otras partes del mundo, queden incluidos en las ciudadanía creadas por la conquista y consolidadas por una existencia de siglos, sino que lo es la maldad, la persecución, la tiranía con que se trata a esos pueblos que no tienen por qué abdicar de su naturaleza y de su desenvolvimiento propio. El editorialista tacha a los citados indígenas de "no contribuir como debieran a los esfuerzos de la masa común", los tacha de retrasados. Y son esos retrasados que dan a la ciudad el trigo para el pan y la lana para el vestido. Son esos retrasados los que saben vivir sin costar millones al Estado, millones que algún día ya no los habrá, porque los no retrasados no trabajan como el indio.

La diversidad es sabia ley divina; la uniformidad es torpe ley humana. Los modernos teóricos pretenden que sean uniformes las condiciones pecuniarias, que sea uniforme, sin clases, la sociedad, que sea única la raza, único el idioma en un país. Este ideal falso, que impide la unificación verdadera de una colectividad, es la antorcha que prende guerras, tales como las cuyo recuerdo tiembla todavía en la estructura de la catedral de Metz.

Jules Cambón dice en uno de los ya mencionados reportajes hechos por Hans Roger Madol en 1933: "Créame Ud. que Alemania ha tratado muy mal a los polacos. No me olvido del incidente de las prisiones en la iglesia polaca de Berlín, a causa de predicar un sacerdote en lengua polaca. Los austriacos tuvieron más tino hacia Polonia, pero en cambio delinquieron contra los checos". No se unifica con atentados contra los sentimientos de determinados grupos humanos.

El indígena de nuestra serranía no odia al blanco con un odio cerrado, pues la indiada en Puno está contenta con los misioneros sajones que son blancos. El indio odia a quien lo trata mal; odia a los limeños que se ríen de él y a los mistis que los extorsionan. Ha sido el encono provocado en Polonia por el mismo régimen alemán lo que ha puesto al costado del Reich la espina de una Polonia afecta a Francia. La situación en que se presenta el indígena del Perú origina la compasión y la intromisión de redentores extranjeros y causa arranques de humanitarismo en los Estados Unidos, donde los niños de las razas autóctonas norteamericanas mueren a centenares de tuberculosis en los internados de las Reservas.

El problema del Perú es un problema de población. El indígena es el poblador de la Sierra; los climas de las otras zonas lo matan. Estados Unidos no nos puebla ya lo he dicho antes. El Asia nos manda chinos y japoneses y Europa nos manda judíos. Estas tres razas son muy buenas y hábiles. El Asia contribuyó hace miles

de años a poblar la Europa bárbara y de escasos habitantes; ahora contribuirá a poblar la América. La mezcla de razas ha transformado por completo el tipo de hombres en Europa, y hará lo mismo en América. La nueva mezcla de raza dará vida a generaciones superiores, pues para algo habrán corrido miles de años obsequiando experiencias y reflexiones. Una mera repetición de la historia de los pasados milenios sería una vergüenza para la humanidad. El incipiente ciclo de la civilización suramericana no debe llevar al mismo término como el ciclo de la civilización europea que está en agonía. Por eso, hay que apartarse de los modelos europeos que aún fascinan los espíritus.

El modo de destruir razas objetadas no es arrimarlas como se ha hecho en Estados Unidos con la negra y en Europa con la judía. El modo de desaparecerlas es mezclarse con ellas, creando un tipo sin precedente en que se equilibran las cualidades de todos los ingredientes raciales. Este es el único método eficaz. El proceso de amalgamación puede ser más o menos lento, según la resistencia a mezclarse peculiar a cada raza, pero siempre se realizará paulatinamente cuando no se emplee medios artificiales para paralizarlo. Tuve oportunidad de hablar de huéspedes de un país en las primeras generaciones. La adhesión de los huéspedes hechos residentes firmes, al país que los alberga, se hace más fuerte con cada generación, hasta que no quedan ya vestigios de afectos divididos entre una primera y segunda patria. Esto es lo que ha sucedido en Europa, donde fervientes y



099221

absolutos patriotas franceses, alemanes, ingleses, italianos, españoles, etc., han crecido de un maregmanum de tribus y pueblos errantes, conquistadores, invasores, subyugadores y subyugados.

El exclusivismo emana generalmente de consideraciones mercantiles. Siempre son motivos bajos los que determinan animosidades vecinales. El peruano cuando quiere, también emigra y hace en otras tierras competencia al nativo: Y es entonces que ha de comprender que no es justo amargar la vida de un hombre que ha tenido que buscar horizontes en el extranjero. En Sur América más que en Norte América y Europa tiene que haber espacio para el inmigrante y tiene que haber amplitud de espíritu. ¿Niega alguien que necesitamos en el Perú de inmigración? Ninguno lo niega. El inmigrante, como todo hombre, ha de traer de bueno y de malo. El chino trajo el juego de azar y el opio. El europeo trajo el aguardiente. La indiada se ha perjudicado con aguardiente, y no con juego ni opio. Y es la indiada la parte mayor de la población del Perú.

El chino es un huésped respetuoso. El japonés es respetuoso por política, pero no por temperamento. El judío es altanero, porque cree que todo el mundo es suyo; en él no es sincero el respeto a la nacionalidad, porque no la tiene en la sangre. Será el inmigrante más difícil de asimilar. Pero tratándolo bien, se le podrá vencer del derecho que asiste al dueño de casa. Y quizá en un ambiente sin pasiones se le podría absorber poco a poco.

Al japonés debemos hacerlo nuestro amigo, para que no acabe en ser nuestro enemigo. El japonés tiene grandes cualidades que comunicarnos, pues es una raza capaz de endurecer el hierro y convertirlo en acero, siendo el hecho que a nosotros nos faltan las propiedades de la mezcla que produce tan valiosos instrumentos de trabajo y combate. En cuanto al chino y al injerto chino y al indígena de nuestros agros, solo la manía de la blanquifilia nos ha vendado los ojos para no reconocer en ellos un fundamento popular de primera calidad.

### LOS IMPERIALISTAS

La época contemporánea o inmediata es de un imperialismo máximo; puede significar esta época el fin o el principio de una era. Hasta ahora, aún las eras, que representan espacios mucho más largos que épocas y períodos, han sido todas caracterizadas por imperialismos sucesivos de pueblos o credos. El cristianismo, el mahometanismo, el budismo, etc., por un lado, y por el otro las conocidas expansiones nacionales. Hablo en este trabajo más de Estados Unidos que de Inglaterra, más del Japón que de la China, más de Alemania que de Francia, más de Rusia que de España, porque son los países primero nombrados los que se encuentran en el momento palpitante en la lista activa de los conquistadores. Inglaterra y Francia, no obstante ser imperios poderosos, están pasando a la lista pasiva, y definitivamente se hallan en la lista pasiva los antiguos dominadores, España,

Portugal, Holanda, Suecia, Dinamarca. La China, un día hace miles de años, un imperio como Estados Unidos, recién despierta a un nuevo ciclo y se defiende, pero no agrade. Los poderes que visiblemente apremian al Perú son Estados Unidos, el Japón y los tentáculos de la Tercera Internacional de Moscú. Alemania e Italia quedan en segundo término. Por motivo moral me opongo más a Estados Unidos, por su empleo corruptor del oro, y a Rusia por su marxismo prostituyente del espíritu. Prefiero el ánimo del Japón, por más sano, sin temer que ciertos arcaísmos de su cultura o civilización lograrían prevalecer sobre las luces que tenemos ganadas con la era de la civilización europea. Siendo ilusoria la idea de que podamos sacudir de un modo repentino la sujeción a poderes superiores que sufrimos, recuerdo en favor del Japón que vindicó contra Rusia el honor de las razas de color y que luego, aquí en el Perú, hizo lo mismo, no dejándose vejar en nuestras estancias agrícolas como el negro y el chino y el indio aborigen. Terrible en la guerra y quizá soberbio en la paz, nos hará, no obstante, creo, menos daño que otros imperialistas, si tendemos a una relación de buena armonía con él.

Son los japoneses y alemanes dos pueblos de alma sencilla en el fondo, que honran el trabajo y respetan la pobreza. Los yanquis no honran el trabajo en sí, pues sólo lo miran como un medio de alcanzar riqueza; y no respetan la pobreza, sino que la estigmatizan como una desgracia; y lo mismo hacen los marxistas, incapaces de concebir belleza fuera de la materialidad.

El "standard" yanqui, implantado en nuestra sociedad, trunca nuestro desenvolvimiento normal; nos hace vivir más allá de nuestra capacidad económica verdadera; nos divide en muy ricos que ven modo de emular al modelo del Norte y en muy pobres que se encuentran lejos de las oportunidades de enriquecerse; nos endeuda, nos envanece, nos atenaza obligándonos a un continuo sacrificio que no es sacrificio que engrandece el alma. ¿De qué servirá que el petróleo que ahora brota en Piura beneficie exclusivamente al Estado, si este Poder Nacional invertirá probablemente toda la mejor riqueza que ingresa al Erario Público, en suntuosidades, elevando cada vez más el "standard" de la ostentación limeña y de las costumbres de las familias privilegiadas, en vez de aprovechar las nuevas entradas de una manera de poder levantar los impuestos que pesan duro sobre la población? Con los métodos en uso, cada aumento notorio de fortuna impulsa el rango, impulsa el "standard" y en lugar de dejar al favorecido más margen para hacer el bien a los demás, le deja menos.

El momento propicio para combatir un mal es cuando se inicia. Una vez que las morbosidades se han arraigado profundamente en el organismo, la curación se hace difícil y por último de éxito negativo.

El imperialismo es una enfermedad, pues significa una exhuberancia patológica del crecimiento; su propósito, la uniformación, va contra el propósito de la Naturaleza, que consiste en la diferenciación y en la segrega-

ción de entidades nuevas cuando la entidad adulta ha alcanzado el tamaño que le corresponde.

La transición de un estado de crisis patológica a un estado de salud relativa no puede ser abrupto. Las enfermedades del imperialismo y de la guerra no se abolirán pronto y quizá nunca, porque la perfección absoluta pertenece sólo a la Divinidad y no a la Humanidad. Pero, en los males hay grados diversos. Debemos disminuir siquiera con nuestro esfuerzo el grado que alcanzan los males, procurando una renovación al escoger aunque sea entre dos males el menor.

No tendrá paralelo el pecado original imperialista de la nación yanqui, pues sus fundadores cazaron como fieras, exterminándolos, a los pobladores autóctonos, para hacerse dueños indisputados del suelo. La nación japonesa tiene al contrario un origen normal y normales son sus guerras, aunque despiadadas como todas las guerras. Dudo que sea verídica la acusación que se ha hecho de que el Japón pretenda deliberadamente intoxicar a la población china en los territorios ocupados por sus tropas, con el soporífico del opio. Más bien parece ser la propagación nefasta del opio a que se refiere la incriminación exclusivamente un caso del mercantilismo inescrupuloso de que se puede citar tantos ejemplos. Sin embargo, si el Gobierno del Japón no atiende pronto al deber de abolir en la esfera de su dominio o influencia el tráfico con el conocido estupefaciente, cargará con un

kharmas igual a aquel que no podrá dejar de traer algún día imponderables amarguras a Estados Unidos.

Mientras dicho punto se resuelva, en otro concepto la ciencia tendrá que sostener que una fusión de civilizaciones es en un determinado momento de la evolución tan necesaria como una mezcla de razas. La voluntad del destino vence todos los obstáculos impuestos a tal fin. Lo único que lograría el hombre sería crearse la miseria de guerras estériles y desastrosas en lugar de permitir que la Naturaleza obre libremente. La hoy tan decantada eugenesia es muy corta en sus argumentos. Al iniciar Italia la misma ruta de selección racial en que marcha la Alemania Nazi opina un periodista local: "El progreso extraordinario de los métodos experimentales para llevar a la práctica esa depuración racial ha permitido que la ciencia posea algunos conocimientos positivos sobre materias eugenésicas. Esta acción social tendiente a conseguir que las líneas de los mejor dotados puedan prosperar, desenvolverse, acrecentarse y protegerse contra lo que amenace destruir o alterar su germen, es no sólo una conveniencia sino una obligación que se irá condensando en un concepto ético, para procurar, no obstante las resistencias, que no haya muchos nacidos sino buenos nacidos, no mucha gente, sino gente sana, fuerte y buena. Tal es la labor en que principia a empeñarse Italia, no mediante persecuciones raciales, sino por la aplicación de leyes eugenésicas".

En primer lugar; esa doctrina eugenésica introduce en la sociedad una autorización oleada y sacramentada,

de un criterio que define permanentemente una especie inferior y una superior de hombres. En segundo lugar, Mussolini predica que nazca mucha gente, y con sus incitaciones a la maternidad no puede esperar que esa gente sea selecta, puesto que la prolificidad por mera consigna política, ha de quedar en un terreno grosero. En tercer lugar; esos elementos humanos calificados de inferiores perpetuarían y acrecentarían de un modo correlativo con el ascenso de los eugenésicos, su inferioridad en el aislamiento a que se les condenara, y entonces se convertirían en una terrible cloaca social ¿o se les exterminaría? Mala perspectiva en ambos casos hipotéticos, y más, no tratándose por cierto de un número de degenerados, sino de razas enteras que la ignorancia aquilata a su capricho. ¡Cuánto mejor es dejar las soluciones a Dios que a los hombres!

Pues bien, se está iniciando dentro del fascismo europeo una acción positiva del prejuicio de razas; en América un régimen total de paz armada; y en el Asia el imperialismo japonés, que por ser imperialismo lo califico de enfermedad, aunque pueda ser para los pueblos de color una dolencia más benigna que el imperialismo de las Potencias Blancas. Conforme a lo dicho, al principio es el momento de tratar de atenuar la acometida de semejante Peligro de Tres Cabezas.

En un período histórico nuevo, el predominio del Japón nos libraría de los disparates de la eugenesia europea; un apartamiento de la política pan-americana nos libraría de compromisos que traen como corolario prin-

cial la Paz Armada. Además, el hombre puede disfrutar de una libertad honrosa mientras menos inmoderadas son sus necesidades y deseos de lujo, y la civilización asiática conserva hasta ahora hábitos de sencillez, que ojalá no los pierda, favorables en comparación con los desbordantes avances de la civilización europea-yanqui.

Del principio de una época no se puede juzgar de su fin. Compárese el principio de la era cristiana, con sus mártires, con los períodos posteriores de corrupción que incluye. Así también puede suceder que el imperialismo del Japón, cuyas fuerzas han nacido de virtudes sobrias, pierda estas virtudes paso a paso, al compás que adelante en poder y desarrollo de gustos y ambiciones materiales. Que el Japón no inicie la carrera sin que un sabio le advierta que el carácter humano es muy endeble y que ponga mucho cuidado en no terminar tan mal como todos los imperialistas. Por el momento el imperialismo japonés, imperialismo nuevo, tiene la ventaja de partir de un pueblo que no es, como el yanqui, simple continuación de las razas europeas. En esta pristinidad del pueblo japonés puede radicar una esperanza de que su espíritu sea todavía más sano que el de los otros pueblos constituidos en potencias. Pasando del **imperialismo japonés**, que equivale a una enfermedad conocida por los médicos, **a la civilización** japonesa, ella es comparable a la constitución individual del paciente que influye en agravar o atenuar el ataque de la dolencia, y por esta circunstancia de individualismo debe creerse que la

historia de una era asiática no resulte igual a la historia de una era europea.

Ahora ¿cómo acabar con la Paz Armada, hija y madre de la Guerra, eslabón genético en un continuo linaje de males? Creo que atacando en primera línea la fundición de armamentos en Estados Unidos, asociándonos a quienes en Norte América misma, combaten a los armamentistas, en lugar de asociarnos a la labor de los Ministerios de Guerra y Marina de la Gran República.

La guerra en sí que en remotas épocas pudo ser engendrada por una mera inquietud de pueblos nómades, por meros alardes de caballeros andantes, no reconoce desde hace tiempo otro origen que un cálculo de pillaje y un vicio de monopolización. ¿Y qué es el principio monopolizador sino una falta del sentido de que hay que vivir y dejar vivir? El hombre que vive, que expande su actividad innata, su talento, sus propósitos, está en lo justo, pero una educación, una disciplina, debe detenerlo de invadir como una hierba mala, terrenos cultivables que no le corresponden. La planta de cultivo no se porta como hierba mala. La planta de cultivo crece en un cerco, y prospera bajo un cuidado asiduo. Ningún monopolista, ningún imperialista ha atendido a la moral interior, al fomento esmerado de las masas populares de su propia nación, ni a la ciencia del respeto y la consideración social. En estos días de modernidad salvaje, se ha abandonado hasta la enseñanza escolar de la urbanidad. Es que los textos acusaban ya mucho de vie-

jo y arcaico, tal como también lo acusan las reglas tradicionales de pueblos antiguos que la civilización europea está desarraigando en la China, el Japón y la India, etc. Pero, lo que había envejecido era la forma; los principios que inspiraron aquellos textos y reglas son inmortales y tendrán que resurgir en nuevas formas en una nueva era. La cosecha para llenar los graneros del porvenir se recogerá de todos los campos: el europeo, el asiático, el auténtico americano, el africano y el de Oceanía.

La semi-libertad que nos ha dejado la Unión Norteamericana, fingiendo que nuestros países no son virtualmente colonias suyas sino estados soberanos, es mejor que ninguna. A nosotros nos toca aumentar y no disminuir esta libertad, imitando la perseverancia con que Eamon de Valera ha logrado independizar casi a Irlanda, y superándola, porque nunca hemos integrado los **"Estados Unidos de América"** como Irlanda la Gran Bretaña. El próximo Congreso Pan-Americano de Lima será una oportunidad trascendental para que Estados Unidos nos aherroje más o para que nosotros nos soltemos suavemente de las ligas que nos cautivan.

Debemos reconocer que nuestros pueblos sur-americanos son todavía tan niños que de ellos se destacan pocos espíritus que por su mentalidad acusan edad mayor. Por esta causa el tutelaje que de cualquier lado nos amenaza. Por semejante causa todos los tutelajes que soportan los diversos pueblos. El tiempo que hace de niños hombres, es el único remedio para lo indicado.

La política de las semi-colonias puesta en práctica primero por los Estados Unidos y luego por el Japón, representa una pequeña ventaja sobre el método antiguo de la conquista absoluta. Del paulatino desarrollo de los medio emancipados depende el hacer que poco a poco la emancipación se haga total, como sucede en México, Cuba, Filipinas y Panamá, con el mero auxilio de resortes diplomáticos.

La República Argentina es la menos niña entre las naciones sur-americanas — quizá por su abundante inmigración italiana, pues para adivinar los designios de los blancos precisa de blancos. No hay puente de comprensión entre el indígena puro y el blanco; las razas indígenas americanas, asiáticas, africanas y australianas serán siempre ajenas a la psicología especial de las razas europeas, tan ajenas como serán un día las razas actuales a la Raza Nueva. La Cancillería de la República Argentina acaba de declarar que en todos los asuntos políticos y sociales del exterior se considera completamente neutral. También manifiesta esta misma Cancillería que cualquier exclusivismo racial se opone a la Constitución Argentina. Con semejante actitud el Gobierno de Buenos Aires se halla en camino de poner coto a la inmiscuación en Sur-América de la política de naciones extranjeras que pudieran, como Estados Unidos, arrastrarnos fuera del prudente y realmente pacifista temperamento de la neutralidad, o como Alemania hacernos delinquir contra los principios de humanidad tan bellamente proclamados por Mitre.

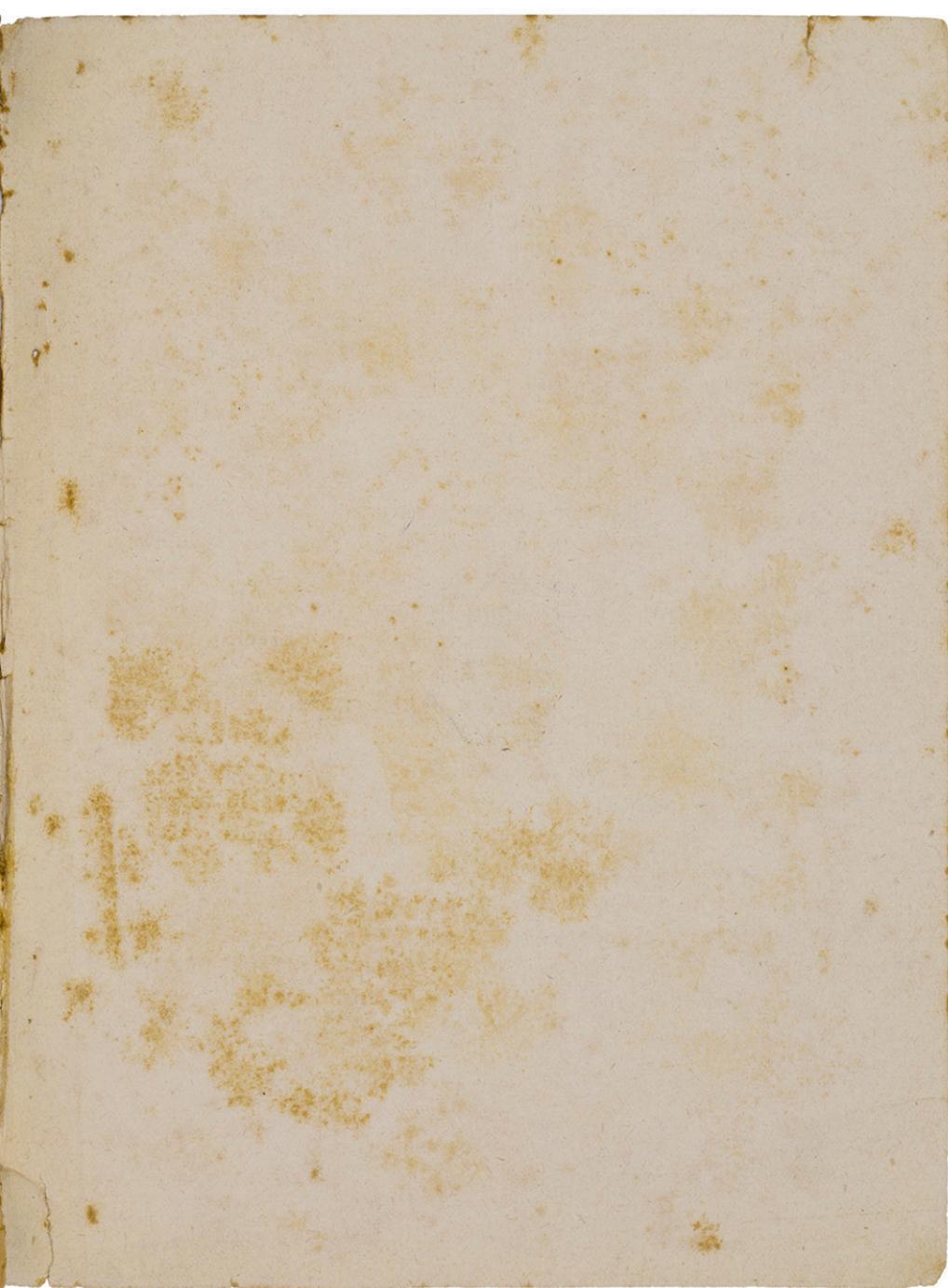
Todavía en Sur-América no existe un imperialismo hacia el exterior del Continente y quiera Dios que nunca nazca. En el orden interior el porvenir de la geografía política de Sur América es todavía un arcano. Las luchas por cuestiones de fronteras en regiones selváticas como entre Bolivia y el Paragual y el Perú, Colombia y Ecuador, son prematuras e indudablemente instigadas por explotadores extranjeros. La inmigración cosmopolita a la zona montañosa puede determinar en un día lejano la formación de estados que rompan la organización política actual, y es posible que antes de entonces haya caducado la época imperialista, que actualmente está en culminación, y que, para bien del mundo, haya entrado un período de diferenciación de fraccionamiento en pequeñas autonomías favorable a un minucioso perfeccionamiento local.

Estados Unidos no puede hablar de neutralidad con la misma razón con que puede hablar la República Argentina o cualquiera de las naciones sur-americanas. La política de Estados Unidos es completamente imperialista; sus intereses están incrustados en todas partes del mundo; primero en nuestros países, luego en el Asia, en el Japón, China y Persia, y hasta en Europa. Por eso, el pana-mericanismo significa una híbrida alianza entre un grupo de naciones que realmente puede sentirse neutral en conflictos extra-continetales y un coloso de nación que persigue en todo el mundo fines dominadores. Estados Unidos es la vieja Europa romana, soberbia, conquistadora y monopolizadora.

Con decir "las jóvenes naciones de Sur-América" está dicho todo. La juventud de este Continente Meridional aspira a otra meta que la decadente civilización europea. Sur-América debe separarse resueltamente de la guianza de la Cancillería de Washington que arregla hasta ahora todos los asuntos políticos de Europa y de nuestro complejo para su propio mayor y fenomenal ensanchamiento.

En Sur América el indígena debe tener derecho de ser indígena, el negro de ser negro, el judío de ser judío, sin sufrir intentos de desprestigiarlo. Los indígenas tienen derecho a su modo de ser ancestral; los negros tienen derecho a casarse con blancos, los asiáticos tienen derecho a vivir fuera de su tierra — un derecho que todo suramericano y todo peruano en particular también reclama para sí — y los blancos tienen derecho de hacer sus experimentos. Todo aquello que se niega en Europa y Norte-América debe consentirse en Sur-América. No hemos de dejarnos dictar por Estados Unidos la inmigración que hayamos que aceptar o el tratamiento que hayamos de emplear hacia los diversos pueblos, porque Estados Unidos no se pone en el punto de vista de nosotros y nosotros no pretendemos ponernos en el suyo. Que nuestro Continente Sur-Americano, el Sexto Continente, lance una vez más el grito ¡Independencia!

---





PB  
099221

El INDIGENA y los Congueros  
para Americanos.

DORA MOYER de ZULEA  
Segunda parte.  
1938.

P(50683)

 biblioteca nacional del Perú



0000171668

BNPCBN

 biblioteca nacional del Perú



1000030728

LIBROS

INVENTARIO 2011